

DEL 'MODO UNICO DECOROSO' DE VINDICAR LAS 'INVENCIONES' SACROMONTANAS: LA *DISSERTACION* DE URBINA Y DUSFUSA (1752)*

Manuel Barrios Aguilera**

SOBRE LOS *DEFENSORIOS* DEL SIGLO XVIII¹

El *Diccionario de la Real Academia Española* define el término *defensorio*: “Manifiesto, escrito apologético en defensa o satisfacción de una persona o cosa”. Según tal definición, todos los escritos apologéticos que suscitó la cuestión laminaria desde su mismo inicio serían susceptibles de ser denominados

* Universidad de Granada.

** Un ensayo abarcador, que puede servir de punto de partida para la adecuada aprehensión de la materia, está en mi libro, *Los falsos cronicones contra la historia* (o *Granada, corona martirial*), Granada, Universidad, 2004; también puede verse mi ponencia, muy actualizada bibliográficamente, de Vitoria, que se cita *infra*. En ambos trabajos se encontrarán indicaciones bibliográficas suficientes.

1. He abordado esta temática específica en un extenso artículo, «Granada en escorzo. Luis Francisco de Viana y la historiografía del Sacromonte», *Demófilo*, 35, 2000, pp. 45-80. También he desarrollado aspectos más específicos en «El castigo de la disidencia en las invenciones plúmbeas de Granada. Sacromonte *versus* Ignacio de las Casas», en M. BARRIOS AGUILERA y M. GARCÍA-ARENAL (eds.), *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro*, Valencia, 2006, pp. 481-520, y en otros que se citan abajo. Las fuentes primarias principales son del Archivo de la Abadía del Sacromonte de Granada (AASMG): *Libro de entradas de los señores Canónigos y Abades del Sacromonte* (ms. no catalogado; en lo sucesivo: *Libro de entradas*); e *Ymbentario* [sic] *de todas las láminas de cobre, libros, ynstrumentos, documentos, bullas, escripturas, y demás presiocidades* [sic], *que a el presente, en este año de mil cetesientos* [sic] *sesenta y cinco, se hallan en el archivo secreto de quatro llaves que previenen nuestras apostólicas constituciones aya en este Sacromonte, según el título veinte y seis de ellas, del canónigo Joseph Miguel Moreno* (ms. C.26/Hagerty; compuesto entre 1765 y 1770), primera parte, fols. 157r-162v (en lo sucesivo *Imbentario*), además de los manuscritos de Viana-Laboraría y Pastor de los Cobos que se citan abajo. Es fuente impresa fundamental: *Razón del juicio seguido en la ciudad de Granada... contra varios falsarios de escrituras publicas, monumentos sagrados y profanos, tradiciones, reliquias y libros de supuesta antigüedad*, Madrid, Ibarra, 1781. Ha sido de gran utilidad instrumental: M.J. HAGERTY, «Catálogo de manuscritos», en J. MARTÍN PALMA y otros, *La Abadía del Sacromonte. Exposición artístico-documental. Estudios sobre su significación y origen*, Granada, 1974, pp. 71-82.

así. No es el caso de nuestro uso: en este caso el término *defensorio* tiene un sentido privativo; se refiere a los escritos producidos o inducidos por el Sacromonte de Granada después de la condena por el papa Inocencio XI de los Libros Plúmbeos de 1682. Sin embargo, en sentido estricto, en su acepción específicamente técnica, se trata de escritos encargados por la Corona española para ser presentados como argumentario en la pretensión del levantamiento por Roma de esa condena. La Santa Sede los denomina de esa manera en sus papeles y se exigen en el procedimiento vaticano; y en la documentación sacromontana alusiva así se nombran. En tal sentido, sólo se puede hablar propiamente de dos defensorios: *Vindicias catholicas granatenses*, de Diego de la Serna Cantoral, comenzado por encargo regio tan pronto como se produjo la condena y publicado en 1706²; e *Historia authentica*, de Luis Francisco Viana y Joseph Juan de Laboraría, encargado por Fernando VI a estos canónigos en 1756 y que nunca llegó a concluirse. Hay un tercero que fue planteado como epítome —también era exigencia vaticana, en aras de la eficacia operativa— de *Vindicias*, y por tanto susceptible de figurar propiamente en el concepto: es *Guerras cathólicas granatenses*, redactado en 1636, con su añadido, *Historia apologética*, terminado de redactar en 1739, del canónigo sacromontano Vicente Pastor de los Cobos. Ninguno de ellos, por diversas causas, sirvió para el fin previsto; por muy diversas razones y circunstancias que he explicitado en otras ocasiones³. En gran síntesis, el primero, *Vindicias*, resultó inconveniente a la Santa Sede por “acrimonia”, que involucró en su no conseguida prohibición a la Corona española y a la Inquisición; *Guerras-Historia apologética* fue arrastrado a semejante suerte por el mero hecho de aludir, y ello era inevitable, a *Vindicias*, nunca aceptado y menos tras su edición desautorizada, y por tanto permaneció inédito en el archivo sacromontano.

En una licencia que afecta más a lo pedagógico y al espíritu que anima e inspira estos documentos, pero en manera alguna a lo formal y procedimental, he incluido como “defensorio” el *Mystico ramillete*, de Diego Nicolás de Heredia Barnuevo, cuando en sustancia es una biografía, en anales, del arzobispo Pedro de Castro, publicada en 1741, pero de la que hay indicios que fue solucionada en esta forma ante la percepción del autor del momento poco favorable para la redacción de un “defensorio” o incluso para una disertación vindicativa⁴. Cabe recordar que el canónigo Heredia Barnuevo, uno de los más activos luchadores

2. Véase mi trabajo específico «Claves de la historia laminaria en la formación y edición de *Vindicias Catholicas Granatenses*», en M. BARRIOS AGUILERA y M. GARCÍA-ARENAL (eds.), *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano*, Granada, 2008, pp. 347-374.

3. Véase «Granada en escorzo...» y «Claves de la historia laminaria...», antes citadas.

4. Me ocupé por extenso del canónigo Heredia Barnuevo y de su obra en «Don Pedro de Castro y el Sacromonte de Granada en el *Místico ramillete* de Heredia Barnuevo (1741)», que sirve de estudio preliminar a Diego Nicolás de HEREDIA BARNUEVO, *Místico ramillete. Vida de D. Pedro de Castro, fundador del Sacromonte*, Granada, 1993, pp. VII-LXXI, más álbum iconográfico de 41 ilustraciones, especialmente pp. XLVII-LXXI.

por la causa sacromontana y más extrovertido por su estancia en Madrid y sus relaciones con personajes influyentes, ya en 1743 volvía a solicitar a la Corona el encargo de un nuevo defensorio, vista la imposibilidad de que ni *Vindicias* ni su epítome, concluido apenas cuatro años antes, sirvieran al fin propuesto. Ese encargo se produciría al fin en 1756, y es la aludida *Historia auténtica*, de Viana y Laboraría; pero todo apunta a que las nuevas supercherías de la Alcazaba, a partir de 1754, terminaron yugulando cualquier posibilidad de la razón sacromontana, una vez que se evidenciaba que la mano atizadora del Sacromonte y en particular del canónigo Viana, el principal fautor, estaba detrás de los fraudes.

Antes, y por su cuenta y riesgo, el incansable Viana había redactado y publicado, en 1752, la *Dissertacion*, que firmó bajo el pseudónimo de Urbina y Dufusa, eje de nuestra colaboración.

En sentido muy amplio y manifiestamente impropio, y acaso excesivo, pero en coherencia con el discurso que propongo, me he permitido denominar “defensorio arqueológico” los fraudes de la Alcazaba, que protagonizó don Juan de Flores y Oddouz, inspirado y ayudado por el citado Viana⁵. También el *Ymbentario*, de Joseph Miguel Moreno, escrito de otro canónigo papelista, fanático, quien no anduvo lejos de la peripecia alcazabina con un entusiasmo que sólo disimuló a la vista de la marcha del negocio⁶. Deben entenderse estas licencias como recurso metodológico para subrayar que la sucesión de hallazgos fraudulentos y acontecimientos derivados que comenzó con el exploratorio de Torre Turpiana, el 18 de marzo de 1588, y terminó con la sentencia condenatoria de las falsificaciones arqueológicas de la Alcazaba en 1777, constituye una sola historia, un *continuum* histórico, sobre cuyo carácter unitario no debe engañar su larga duración⁷.

No es difícil establecer el nexo de unión ideológico entre la multitud de escritos anteriores a 1682 y los defensorios setecentistas; por otra parte, es obvia, y se ha señalado, la relación causa-efecto de los fraudes de la Alcazaba de mediados del siglo XVIII y los del Sacromonte de fines del XVI. Pero procede debelar la desatención metodológica que supone haber exployado el fraude de la Alcazaba, dejándose arrastrar por la sugestión novelesca –e induciendo al lector hacia la vertiente fabulosa–, sin enlazarlo circunstanciadamente con el *programa vindicativo* inmediato anterior, es decir, con los defensorios aludidos, que componen con él un todo indisoluble, hasta el punto de ser su explicación primera. No basta, pues, aceptar la conexión ideológica de los fraudes alcazabinos con las invenciones de fines del XVI, por otra parte demasiado obvia: es necesario reconstruir en todo su alcance, en todos sus matices, el puente que une

5. Véase M. SOTOMAYOR, *Don Juan de Flores y Oddouz, pícaro y mártir. Cultura y picaresca en la Granada de la Ilustración*, Granada, 2.ª ed., 2007 (la primera edición es de 1988).

6. Aunque el *Imbentario*, cuya ficha se ofrece arriba, lo he utilizado por sus noticias en los trabajos sobre Viana y La Serna citados a lo largo de este trabajo, el canónigo Moreno, su obra y la actuación ante los fraudes de la Alcazaba merecen una monografía que ya preparo.

7. Ver «Granada en escorzo...», pp. 45-80.

la condena romana de 1682 con las supercherías arqueológicas de Juan de Flores y de sus socios y ayudadores (1754-1763)⁸.

Por otra parte, y para encontrar el sentido profundo de nuestro discurso, es imprescindible entender que los defensorios del XVIII fueron pieza clave en la cristalización del llamado “espíritu sacromontano” –tal como yo lo he definido; alguien, eufemísticamente, ha preferido la expresión: “presión del ambiente”⁹–, que empezó a gestarse en vida del fundador, y que, con formas degradadas, ha permanecido hasta nuestros días¹⁰: consistía en la defensa y vindicación de las invenciones plúmbeas contra cualquier intento de negación, viniera de donde viniera, fuera cual fuera su naturaleza, como razón de ser de las fundaciones de don Pedro de Castro Vaca y Quiñones, las abaciales del Sacromonte, y, en definitiva, de toda su obra, en Granada y en Sevilla¹¹.

Ciertamente, los defensorios setecentistas fijan y afirman las pautas de conducta de la institución y de su ámbito de influencia para el futuro, pero también contribuyen de manera decisiva a la reelaboración global de la historia de Granada, la capital y su reino, con irradiaciones mucho más allá de este espacio, reforzando la imagen monolítica y exclusiva del pasado de naturaleza cerradamente contrarreformista –y negadora de la Granada islámica que la precedió– que habían creado las historias eclesiásticas seiscentistas (de Antolínez de Burgos, Bermúdez de Pedraza, Pedro Suárez, Pascual y Orbaneja...) y asimiladas, principal vehículo divulgador de las invenciones sacromontanas y de sus enseñanzas y aplicación doctrinal y devocional. Es más, he dejado escrito en otros lugares¹², y lo reitero ahora, mi convencimiento de que los de-

-
8. Además de *Los falsos cronicones contra la historia*, puede verse mi más reciente reflexión: «El ciclo falsario de Granada: de los Plomos del Sacromonte a los fraudes de la Alcazaba. Historia, mito y deconstrucción», ponencia que he presentado a las XI *Jornadas de Estudios Históricos “Mitificadores del pasado, falsarios de la Historia”* (Vitoria, 3-5 de noviembre de 2009), ahora en libro con el mismo título, Bilbao, 2011, pp. 125-159.
 9. La utilizó hace varias décadas el historiador y teólogo, abad que fue del Sacromonte, José MARTÍN PALMA («Realidad del mito sacromontano», en *La Abadía del Sacromonte...*, 1974, pp. 11-17), y fue gustosamente aceptada y extremada por los prolamarios posteriores (véase al respecto la nota siguiente).
 10. Pueden verse mis artículos: «El bucle metahistórico. Los libros plúmbeos de Granada, realidad histórica y mito», *Fundamentos de Antropología*, 10-11, 2001, pp. 321-333, y «El Sacromonte de Granada o el mito incesante», *El Fingidor*, 13-14, 2001, pp. 11-14.
 11. Me he ocupado de la estancia sevillana de don Pedro de Castro en varias ocasiones; véanse: «Misiones del Sacromonte de Granada al Arzobispado de Sevilla. Relato documental», en *Homenaje a don Antonio Domínguez Ortiz*, Granada, 2008, vol. II, pp. 81-104, y «Pedro de Castro y los libros plúmbeos en Sevilla», en J.A. GONZÁLEZ ALCANTUD y R.G. PEINADO SANTAELLA, (eds.), *Granada la andaluza*, Granada, Universidad, 2008, pp. 107-130. Aunque el mejor y mayor logro de Castro en Sevilla fue la postulación del Concepcionismo, no se debe olvidar que su dedicación a las fundaciones sacromontanas fue decisiva para el ulterior desarrollo de las mismas y para la cristalización de su mensaje.
 12. En varios de los trabajos citados, y en el contexto de un discurso más amplio, en mi extensa síntesis *La convivencia negada. Historia de los moriscos del Reino de Granada*, Granada, 2008, 2.ª ed., específicamente, pp. 513-544.

fensorios setecentistas, todos, aun los menos propios, forman parte de un *programa vindicativo* iniciado tan pronto como se produjeron los hallazgos de Torre Turpiana y Valparaíso, que ha llegado hasta nuestros días bien que en formas degradadas.

SOBRE LA AUTORÍA DE LA *DISSERTACION*, DE "CECILIO SANTOS URBINA Y DUSFUSA"

El nombre Cecilio Santos Urbina y Dufusa es pseudónimo de Luis Francisco Viana y Bustos, como se demuestra a continuación. Pero ¿qué sabemos de este Viana? Sabemos con toda certeza que nació en la ciudad de Granada en 1689¹³. Fue colegial del Colegio de San Dionisio Areopagita, del Sacromonte, desde el año 1704 hasta 1711, "en cuyo tiempo el cauildo le hizo la gracia de que se ordenase *in sacris* a título de colegio". Hombre bien dotado para el estudio, siendo todavía colegial, y durante dos cursos, leyó cátedra de Filosofía, que repitió luego como canónigo, supliendo asimismo las de Teología Escolástica y Moral. Fue rector del Colegio en cuatro ocasiones. Su elección de canónigo de la abadía del Sacromonte se produjo el primero de octubre de 1715 (colación, en virtud de bula pontificia, el primero de marzo de 1716, y posesión el día siete de ese mes). Este mismo año obtuvo el doctorado en la Universidad de Granada. Ejerció de familiar del arzobispo de Granada don Martín de Ascargorta, sujeto sacromontano muy afecto a la fundación abacial¹⁴.

Fuera del Sacromonte, es capítulo destacado de la vida de Viana haber servido al poderoso cardenal Luis Belluga como teólogo de cámara, cuando era éste obispo de Cartagena¹⁵. Siendo Belluga obispo de Murcia, fue Viana "vno de los padres fundadores" de la Congregación de San Felipe Neri que en esa ciudad instituyó el cardenal y, luego, prefecto del Oratorio y secretario de la Congregación, "y pasó por su mano y estuvo a su cuidado lo más prin-

13. Los datos de esta biografía que siguen proceden del citado *Libro de entradas*, que se conserva en el AASMG. No tiene foliación.

14. Canónigo del Sacromonte en 1662, Martín de Ascargorta fue arzobispo de Granada entre 1693 y 1719. Fue quien completó y engrandeció el complejo constructivo siguiendo las pautas del fundador, con la fábrica del "colegio nuevo" (1711) y significándose en la protección del Colegio Real, donde había sido colegial (M.A. LÓPEZ, *Los arzobispos de Granada. Retratos y semblanzas*, Granada, 1993, pp. 186-191). Es una lectura muy recomendada: R. TAYLOR, «Símbolo y teúrgia en el sagrario de la Catedral de Granada», en *Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Granada, 1979.

15. La relación de colaboración de Viana con Belluga debió ser estrecha. Hay alguna noticia en tal sentido en la reciente biografía de éste: J.B. VILAR, *El cardenal Belluga*, Granada Comares, 2001. Destaca Vilar (que antepone el apellido Bustos al de Viana, y con ese apellido lo nombra) que Viana fue el principal colaborador en los escritos de Belluga y lo llama "activo *secretario literario del prelado*" (p. 228).

cial de esta fundación” –así se lee en el *Libro de entradas*–¹⁶. Al servicio del obispo de Jaén, don Rodrigo Marín, fue maestro de pajes y secretario de cartas secretas, y coadjutor de la nueva fundación de la Congregación en Baeza, donde predicó algún tiempo; también, rector del colegio que la Congregación tenía en esta localidad y, al mismo tiempo, vicario de los dos conventos de esa filiación allí establecidos. Luego, ya canónigo del Sacromonte, “le ofreció varias conveniencias el señor cardenal obispo de Murcia, a que se escusó diciendo preciaba más viuir en el Sacromonte en el ministerio más humilde que las mayores ínfulas de qualquier conveniencia en otra parte”.

El papel de Viana en la fundación sacromontana, una vez concluida esta etapa foránea, fue enormemente activo, atendiendo a todas las labores que se le encomendaron desde el cabildo. Así, se ocupó de la administración de la hacienda de la institución durante años: arregló la contaduría, ajustó las memorias y patronatos y puso corrientes sus ventas; ordenó en legajos la documentación, los cuantiosos manuscritos, del “archivo de las quatro llaves”, poniéndola de manera que pudiese ser conocida y utilizada por sus compañeros (Heredia Barnuevo, en el *Mystico ramillete*, y Pastor de los Cobos en sus *Guerras cathólicas granatenses* e *Historia apologética*). En 1742, y por orden del cabildo sacromontano, trabajó

“el índice de todos los papeles del archivo secreto de las quatro llaves que se tenían en él, para remitirlo, como en efecto, visto y aprobado por el cavildo, se remitió al señor inquisidor general con la razón de retenerlos, que el cavildo tenía sin embargo de su general prohibición; lo que motiuó el sobreseimiento de el decreto que hauía publicado por su auto”.

Ese mismo año, el inquisidor general y arzobispo de Santiago, don Manuel Isidro Orozco Manrique de Lara, concedió a Viana licencia para leer libros prohibidos, sin limitaciones, y la Real Academia de la Historia le nombró académico (correspondiente) como reconocimiento explícito de su labor erudita.

Desde comienzos de la década de los cuarenta la actividad de Viana se centra en la defensa de las invenciones y demás asuntos del Sacromonte, convertidos en presencia obsesiva hasta su muerte. Son una veintena de años de una actividad febril en pro de una causa que era la razón de su vida, en que no parece importarle demasiado, por más que fuera la coronación simbólica de sus afanes, ni siquiera la elección para abad –“cuyo empleo había renunciado por

16. Escribe Juan Bautista Vilar sobre Viana: “Este quedó en Murcia tras la marcha del obispo a Roma, cosa que hizo no sin antes recompensar los servicios de su secretario manteniéndolo vitaliciamente en la coadjutoría de la Congregación del Oratorio en Murcia, con la prebenda consiguiente, que le tenía asignada desde que le hiciera venir de Granada, con lo que bien resuelto el problema de la humana subsistencia, Bustos pudo dedicarse a las tareas que el obispo le encomendaba, como también a empeños eruditos propios. Entre estos, una *Liturgia española*, el repertorio analítico *Crítica de autores eclesiásticos* y una *Disertación latina* para mejor inteligencia de la bula de Inocencio XI contra Papebrock y sus seguidores. Tres títulos que dejan en muy buen lugar los conocimientos y la erudición del sabio sacerdote filipense” (*Ibidem*, p. 229).

dos veces en los años antecedentes"—, que se produce el 30 de diciembre de 1760, poco más de un año antes de su muerte.

Esos veinte años finales son los más interesantes. La preparación que le había supuesto el trabajo con los documentos del archivo secreto, con su ordenación e indización, le había proporcionado un conocimiento excepcional de toda la problemática que se venía arrastrando desde fines del siglo XVI. Conocía mejor que nadie las obras de su siglo (desde la *Vindicias* de Diego de la Serna, publicada siendo ya Viana colegial, hasta el extenso alegato de Pastor de los Cobos, pasando por la hagiografía del fundador de Diego Nicolás de Heredia Barnuevo, que había inspirado y ayudado), así como el detalle de las vindicaciones baldías de su fundación ante la Santa Sede. Ello le situaba en condiciones óptimas para retomar la tarea vindicativa, para orientar sus esfuerzos a enderezar los entuertos del siglo anterior, recurriendo a las máximas instancias civiles y religiosas, amparado en su bien cimentado prestigio personal. Pero su excesiva pasión y su demasía lo arrastraron a un campo tan dudoso como los fraudes de la Alcazaba protagonizados por Juan de Flores.

En el año 1740 solicitó el jubileo para el día de San Cecilio, que concedió Benedicto XIV. Crecido por este éxito, escribió al cardenal Belluga suplicándole que promoviese la prescripción del decreto del año 1682, tanto en Roma como en Madrid. Logró que el cardenal "tomase por su cuenta este negocio", fruto de lo cual fue encomendar al canónigo romano monseñor Asemari la formación de un memorial al efecto, para lo que pidió la remisión a Roma de los cuatro tomos escritos por Pastor de los Cobos y el defensorio de Diego de la Serna, así como seis ejemplares del *Mystico ramillete*, publicado en 1741, por Heredia Barnuevo; lo que se hizo con puntualidad.

No progresó la gestión prescriptiva, en principio tan favorablemente acogida por el cardenal, porque, tal como éste explicó en carta a Viana, en 1742, las turbaciones y guerras que asolaban Europa imposibilitaban que Roma pudiese prestar atención a este asunto. Belluga murió en Roma el año siguiente de 1743: perdían Viana y el Sacromonte su principal mentor en el casi imposible levantamiento de la condena de Inocencio XI. Siguió terne el canónigo en su actividad por la causa dentro y fuera del Sacromonte; tal es la refutación contra "las imposturas y cláusulas denigratorias del papel anónimo contra el Colegio", su *Statera veritatis*. O la que resultó más operativa de "formar las preces" al papa Benedicto XIV para la confirmación de los estatutos de "doctrina y cátedras de ambos derechos, historia y lenguas que hizo el cauldo" en el año 1752. Escribió para ello al general de los dominicos y a otras personalidades eclesiásticas; las gestiones se coronaron con éxito, y el 21 de agosto de 1752 se obtuvo la bula (luego, su impresión y, finalmente, la emisión de la real cédula de aceptación, el siete de julio de 1753).

Posteriormente, fue decisiva la intervención de Viana en la elaboración del catastro ordenado por el rey de dar razón de todas las haciendas de la institución y, en la del concordato, de informar al monarca de canonicatos, capellanías, colegiaturas, patronatos y demás rentas de la misma.

En diciembre de 1752 se le nombra por el cabildo sacromontano titular de la cátedra de Historia Eclesiástica (que había sido nuevamente erigida, aprobada y confirmada por la bula de 21 de agosto). Accede asimismo al cargo de archivero. Es un momento en que había redoblado su actividad vindicativa, en la que es hecho destacado la redacción de la *Dissertacion* antes citada que centra esta aportación, réplica muy enérgica a “los émulos del Sacromonte” (concluida en 1751), al igual que otros escritos de semejante finalidad: respuestas al célebre historiador agustino padre Flórez, al maestro jesuita padre Terreros, indirectamente al padre Samaniego, fundamentando el alegato del abogado don Bruno Berruero, etcétera.

En 1756 es nombrado Viana, junto con su compañero canónigo Joseph Juan de Laboraría, “historiador de los hallazgos de la torre y monte ilipulitano” por Fernando VI. En diciembre de 1760 es elegido abad, dignidad de la que pudo disfrutar poco más de un año, pues muere el 10 de febrero de 1762.

Respondiendo fielmente al mandato estatutario, asistió muchos años a las misiones de la casa, “a que tenía tan cordial deuoción que decía tendría por especial misericordia de su magestad le concediese morir predicando en vna de ellas”¹⁷. Se distinguió, en fin, en la defensa del Concepcionismo, siguiendo asimismo la sugestión de don Pedro de Castro, el venerable fundador, que había hecho centro de su acción la definición dogmática del misterio y la difusión de su devoción¹⁸.

De todos sus trabajos, el más significativo, en tanto que síntesis de su pensamiento y de su sentimiento profundo, así como expresión cierta de su capacidad dialéctica, es la *Historia auténtica del hecho de los dos descubrimientos de Torre Turpiana y Monte Santo de Granada*¹⁹. Fernando VI encargó la redacción de esta historia a los doctores Viana y Laboraría, ambos canónigos del Sacromonte, por real orden de fecha 16 de septiembre de 1756, “dispensandolos V.S. de la redidencia, y teniendolos presentes en el goce de sus Prebendas, todo el

17. Las misiones fueron un mandato inexcusable, así figura en las *Constituciones* dispuestas por el fundador, que los sujetos sacromontanos afrontaron con el mejor espíritu y dedicación, y no fue excepción Viana. Sobre las misiones sacromontanas puede verse: *Libro de misiones que los señores abad y canónigos del Sacro Monte hacen en los arzobispados de Seuilla y Granada*. Es un volumen manuscrito que se conserva en el AASMG. Lo he trabajado en varias ocasiones; véase al respecto mi ponencia «Las misiones en la sociedad posrepobladora: las del Sacromonte de Granada», en M. BARRIOS AGUILERA y Á. GALÁN SÁNCHEZ (eds.), *La historia del Reino de Granada a debate. Viejos y nuevos temas. Perspectivas de estudio*, Málaga, Diputación, 2004, pp. 551-593.

18. La cuestión del Concepcionismo es estrella de las del Sacromonte y muy destacada en la actividad del fundador Pedro de Castro. La postulación moderna del misterio está íntimamente relacionada con los hallazgos plúmbeos. Dejé un apunte prospectivo en mi ensayo introductorio al *Místico ramillete* de Heredia Barnuevo (1998). Puede verse F.J. MARTÍNEZ MEDINA, «El Sacromonte de Granada y los discursos inmaculistas postridentinos», *Archivo Teológico Granadino*, 59, 1996, pp. 5-57.

19. *Historia auténtica del hecho de los dos descubrimientos de Torre Turpiana y Monte Santo de Granada* se conserva en varios manuscritos en AASMG: mss. C.51, C.52, C.53, C.54, C.55/Hagerty.

4

*Historia Authentica del hecho
de los dos descubrimientos de
Fonse Turpiana y Monre Santo
de Granada
Desde el año de 1588. hasta el
presente de 1756.*

*Mandada Frabaxar Por el
Rei nro señor D.ⁿ fern^{do} 6
(que Dios guarde)*

*A los DD.^{es} D.ⁿ Luis fran
Viana, y D.ⁿ Jph. Juan Labora-
ria Canonigos de la Ynsig-
ne Collegial de Dicho sacro
monte, extramuros de la
nominada Ciudad de
Granada.*

tiempo que estuvieren ocupados en este importante trabajo” –la real orden es muy explícita en sus considerandos–. El encargo se hacía a petición de Heredia Barnuevo, a la sazón abad de Lorca. Aceptado el nombramiento (27 de septiembre de 1756), enseguida se inició el trabajo con la diligente ayuda de Crisóbal de Medina Conde, falsario vocacional, secretario entonces de Viana²⁰.

La estructura de la *Historia auténtica* se puede resumir muy brevemente²¹: en total, 48 capítulos de muy desigual extensión (12 de la primera parte y 36 de la segunda), subdivididos a su vez en 780 párrafos (70 de la primera parte y 710 de la segunda), a lo que sumar un apéndice justificativo, literario y gráfico de 146 hojas más. En resumen, un cuantioso manuscrito, que quedó incompleto, pues el capítulo XXXVI de la segunda parte se corta bruscamente tras un único párrafo, el n.º 710, sin que lo anunciado en el título quede desvelado, ni la historia del proceso de los hallazgos cerrada. La obra no se concluyó: la tercera parte prevista se quedó sin redactar.

La lectura de la *Historia auténtica* revela el afán documental de los autores, no sólo en el cuantioso apéndice, que es transcripción literal de documentos del archivo y reproducción dibujística fiel de algunas láminas plúmbeas y otros testimonios semejantes, sino a lo largo de toda la exposición en que se reproducen cartas, decretos, dictámenes y cuanta documentación del archivo sacromontano había disponible. Las anotaciones son rigurosas, (se supone que) de acuerdo con la legajación que en su momento dispuso el propio Viana. No faltan notas con apoyaturas eruditas de escritores antiguos y padres de la Iglesia, en castellano y latín; las remisiones al apéndice son sistemáticas. Ideológicamente, la totalidad del texto es muestra palpable, por su sesgo indisimulado, de que los autores, con Viana como agente mayor –la participación de Laboraría, catedrático de la Universidad de Granada, hombre de escasa salud, y nada caracterizado en las tareas vindicativas, se antoja secundaria–, estaban imbuidos hasta el fanatismo de ese “espíritu sacromontano”, es decir, prolaminario, que en paralelo afloraba en los fraudes de la Alcazaba. Pese a su sesgo, no exento de la “acrimonia” y el apasionamiento que tanto incomodaban a la Santa Sede, es una fuente muy importante para el estudio del proceso laminario.

Todo apunta a que el hecho de que la *Historia auténtica* no se acabara de redactar (aunque nunca se haya reconocido así de forma explícita) se debió a la implicación del Sacromonte, y muy en particular a la de Viana, en los fraudes de

20. El seguimiento de este personaje, condenado como falsario en el juicio de los fraudes de la Alcazaba de 1777 (véase abajo), seguramente arroje luz sobre algún aspecto más de la vida y de la actividad falsario/vindicativa de Viana, pues su relación fue muy estrecha. Merece Medina Conde una investigación que abarque y conjugue la novela de su peripecia personal y el estudio de su extensísima obra impresa.

21. Tengo en curso un trabajo exhaustivo sobre esta obra, como parte importante que es de mi libro en preparación *El mito de los Libros Plúmbeos. Una historia crítica*.

la Alcazaba. El juicio de 1777 a los falsificadores (recogido luego con gran detalle en el volumen impreso *Razón del juicio*, en 1781) atestigua inequívocamente esa implicación, y sitúa a Viana entre los falsarios de forma flagrante –en la ciudad era *vox populi*–; con toda probabilidad, su temprana muerte, en 1762, le exoneró de condena penal explícita (junto a los Flores, Medina Conde y Velázquez de Echeverría). El encargo real de 1756 nunca cesó, tal como se demuestra en la petición de ser relevado de esa obligación que hacía el coautor Laboraría en 1765. En conclusión, los fraudes de la Alcazaba y la probada implicación sacromontana arruinaron para siempre cualquier posibilidad de reabrir en Roma el juicio para el levantamiento de la condena de los Libros Plúmbeos.

Viana escribiría, como era habitual en los canónigos más activos, otras obras de tema diverso (de liturgia, teología e historia), aludidas en algún pasaje del *Libro de entradas*, pero que debieron quedar manuscritas y no han sido halladas.

LA DISSERTACION ECLESIASTICA CRITICO-HISTORICA

Ya se ha visto cómo en el currículum de Viana, contenido en el *Libro de entradas*, se alude a “vna Disertación Histórico-Crítica, respondiendo al argumento de los émulos del Sacromonte”²². En efecto, fue publicada, en 1752, bajo pseudónimo de “D. D. Cecilio Santos Urbina y Dufusa” y con título algo diferente, *Dissertacion Ecclesiastica Critico-Historica*²³. Como antecedente indiscutible del defensorio que formalmente era la *Historia auténtica*, tiene un grandísimo interés, pues en ella se refleja la personalidad intelectual del autor y el sentido de sus escritos; y también, su estilo. Se acrecienta el interés por ser obrita que ha pasado inadvertida a los especialistas que, aunque de manera insuficiente, sí conocen la *Historia auténtica* –más exacto será decir que tienen noticia de ella–. El profesor Hagerty en 1974 dejó referencia del manuscrito que (con toda probabilidad) se preparó para la imprenta, cuya autoría adjudica sin más a Viana, bajo el título: *Disser-*

22. Eso es todo lo que se dice, pero es un dato fundamental, inequívoco.

23. Procede completar el título propiamente dicho con la leyenda que completa la portada: *DISSERTACION ECLESIASTICA CRITICO-HISTORICA, EN QUE EL CATHOLICO REYNO GRANADINO vindica la religiosa Piedad de su constante culto, à las Sagradas antiquísimas Lypsanas, que se hallaron al fin del Siglo XVI en la Torre Turpiana, y en el Sacro-Monte; advirtiendo el modo unico decoroso de leer la Bulla de la Santidad de Inocencio XI. SU AUTOR EL D. D. CECILIO SANTOS URBINA, Y DUSFUSA: ENTRE CUYOS ERUDITOS ANECDOTOS LA EN-contrò el amor, y respeto al Trono Pontificio del Celoso que dà à la luz para destierro perpetuo de ignorancias. Con Licencia del Supremo Consejo: Impresso en Pamplona de Navarra, por Esteban Pertau. Año de MDCCLII. La ilustración de la portada es una mano de la que sale una lengua, rodeada de una greca vegetal y con la leyenda latina: OPTIMA IN VNUM. ROMANAE SEDIS AMORE. Se antecede y sigue el recuadro de la ilustración de las siguientes sentencias latinas: UBI PLUS PERICULI MAIOR EST ADHIBENDA CAUTIO. Laert. Lib. I. C. 14, y LONGA TIBI LINGUA EST, HAC CITO CURTUS ERIS. Politian.*

tacion Ecclesiastica Critico-Historica. Respuesta Breve, del que decía acompañado de 14 grabados, reproducción de siete Libros Plúmbeos y alfabetos árabes²⁴.

El hecho de que la publique bajo pseudónimo puede ser simple reconocimiento de que era poco conveniente, en el momento de su edición, defender abiertamente los Libros Plúmbeos, pues estaba prohibido por Roma, pero sobre todo porque contiene un alegato inmoderado contra el breve inocentiano de 1682 y sus fundamentos. En la relación de las fuentes en que se basa el escrito queda meridiana noticia de la verdadera autoría: “También he leído, y ordenado los innumerables trabajos, monumentos, Cartas, y preciosos Manuscritos, que el Sacro Monte atesora en su secreto Archivo de quatro llaves, en que ay reconditas, y preciosissimas noticias, conducentes a los dos Artículos”²⁵. Sabido es que fue Viana, y no otro, quien hizo esta labor, tal como se dice en su currículum, siempre reconocido como uno de sus méritos notables. La razón del pseudónimo estaba clara: era pertinente mantener viva la defensa de la causa y que los argumentos llegaran al público; pero no convenía malquistarse la voluntad de la Corona, cuando se esperaba, pues así se había suplicado por la fundación abacial, el encargo formal de un defensorio, el que le haría en fin Fernando VI en 1756. No es difícil imaginar a Viana, el más fanático de los apologistas, inventando el pseudónimo, un “Urbina”, que alude a su origen navarro –el Dufusa nada nos sugiere–, con unos nombres de pila descaradamente alusivos a los grandes amores de su vida: “Cecilio”, el venerado patrón de Granada, fruto eminente y sublimado de las invenciones plúmbeas, y “Santos”, sus Santos Mártires se los tiempos de Nerón –así ha de entenderse–, señas de identidad principal de la fundación sacromontana y base de todo el montaje martirial. Sabemos con casi certeza total que también se fingió el lugar de edición y el editor, que serían Granada y José de la Puerta, no Pamplona y Esteban Pertau que figuran en la portada²⁶.

La *Dissertacion* no es libro de gran volumen, aunque la naturaleza de sus contenidos y la densidad de su tipografía lo hacen pesante. La “Dissertacion cri-

24. M.J. HAGERTY, «Catálogo de manuscritos», en *La Abadía del Sacromonte...*, p. 82. Como las noticias sobre el libro impreso que ofrecen algunas bibliotecas tienen algún error, me permito reproducir en su literalidad la ficha de Hagerty: “C.56. VIANA, Luis Francisco/*Dissertacion Ecclesiastica Critico-Histórica. Respuesta Breve*. /1752 y siglo XVII (sic). Pamplona. Madrid. Ms. Imp. fol. 14 + 46 +2 + 71 + 16 + 2 + 4. 215 x 145 mm./Tiene 14 grabados, reproducción de siete libros plúmbeos y alfabetos árabes”. En la edición impresa que conocemos no existen tales grabados. Éste impreso no lo he encontrado en el Archivo de la Abadía del Sacromonte. No sabemos si antes Viana había hecho una versión latina de la *Dissertacion*, tal como parece desprenderse de la referencia que ofrece J.B. Vilar, “...y una *Disertación* latina...” (vid. *supra*).

25. *Dissertacion*, “Al lector”, p. 11. Concuerda con lo que se sabe de su biografía.

26. Así se sostiene por el librero anticuario Ignacio Martín Villena, en su Catálogo XVI (2005), basándose en criterios estrictamente tipográficos. “Raro impreso en defensa de los plomos sacromontanos. Su autor en realidad es D. Juan Antonio de Viana, Abad que fue del Sacromonte y el pie de imprenta también es fingido, pues debió imprimirlo José de la Puerta en Granada”. Como se ve hay error en el nombre de pila del autor “Juan Antonio” por Luis Francisco, que luego se reproduce en la ficha bibliográfica que recoge la Biblioteca General de la Universidad de Granada y en alguna otra de ella tributaria.

)X(
DISSERTACION ECLESIASTICA
CRITICO-HISTORICA,
EN QUE EL CATHOLICO REYNO GRANADINO
 vindica la religiosa Piedad de su constante culto, à las Sa-
 gradas antiquissimas Lypianas, que se hallaron al fin del
 Siglo XVI. en la Torre Turpiana, y en el Sacro-Monte;
 advirtiendo el modo vnico decoroso de leer la Bulla
 de la Santidad de Innocencio XI.

SU AUTOR EL

D.D. CECILIO SANTOS URBINA, Y DUSFUSA:
 ENTRE CUYOS ERUDITOS ANECDOTOS LA EN-
 contrò el amor, y respeto al Trono Pontificio del Celoso,
 que la dà à luz para destierro perpetuo
 de ignorancias.

UBI PLUS PERICULI MAIOR EST ADHIBENDA CAUTIO.

Lact. Lib. 1. c. 14.



LONGA TIBI LINGUA EST, HAC CITO CURTUS ERIS.
 Politian.

Con Licencia del Supremo Consejo: Impreso en Pamplona
 de Navarra, por Esteban Pertañ. Año
 de MDCCLII.

Portada de la *Dissertacion*, de Urbina y Dufusa. Se reproduce del ejemplar guardado en la Biblioteca Nacional de España. Madrid, signatura: 2/18377.

tico-historica” propiamente dicha ocupa 94 páginas, que se preceden de otras 24 bajo el título “Al lector critico y piadoso y al severo rigido”. Estas páginas introductorias son muy diversas de contenido: empieza el autor doliéndose de que en siglo y medio de historia de los hallazgos granadinos no se haya contestado como merecen los argumentos “con que los Emulos de ambos Descubrimientos se glorian averlos obscurecido, y desacreditado en el Orbe literario, con notorio agravio de la verdad, y abuso de la piedad Andaluz [sic], que los venerò desde el principio religiosamente; no con la indiscrecion, y alucinacion que vocèan preciados de Criticos no pocos...”²⁷.

Luego, centra su diatriba en las “dos negras Plumas Valencianas, que por seguir incautamente las Peregrinas Estrangeras, emulas tan antiguas de nuestras mayores glorias, salpicaron la limpia tersa Plana de la Religiosidad de toda la Nacion, sus Monarcas, y Consejos con esta negra tinta”²⁸. Las dos “negras plumas” son Gregorio Mayáns y Siscar, por la “Vida de D. Nicolas Antonio”, inserto en su célebre *Censura de historias fabulosas*, edición de 1742, y el doctor Sales, por su “Carta” al final del libro de Mayáns²⁹.

El tono de la argumentación, minuciosa y con toda clase de acarreos de autoridad, es acre, muy semejante al que se observa a primera vista en la *Historia auténtica*. Al doctor Sales lo despacha sin mayor consideración con un “es de admirar la concission, con que dize en dos, ò tres renglones, lo mucho que no sabe”, a propósito de lo que escribe sobre no haber estado el apóstol Santiago en Valencia. Se detiene bastante en Mayáns, a quien rebate punto por punto, reproduciendo fragmentos de su escrito a la letra y respondiendo cada pasaje con acusación de ignorancia (“ignoró”) una vez tras otra, para concluir con un despectivo: “Hasta aquí el salpique insolente de avilanteces de esta Pluma”, irritado por el atrevimiento del erudito de Oliva al afear que hubiera llegado

“la credulidad à tal efecto [pensar que los libros eran apoyo de la Concepción de María y de la venida de Santiago a España], que esperaban muchos, tenidos por Doctos, que se declarasen como Canonicos aquellos Libros; pero canonicamente declararon los Summos Pontifices, que eran Hereticos”.

27. *Ibidem*, p. 3.

28. *Ibidem*.

29. *Ibidem*, pp. 3-9. De Mayáns y su enfrentamiento con algún sujeto sacromontano (*lege*: Heredia Barnuevo) di alguna noticia en el ensayo introductorio a la edición del *Místico ramillete*, pp. LXIII-LXIV, siguiendo el curso del currículum que hace de Heredia su colega Viana en el *Libro de entradas*. Antonio Mestre se ha ocupado del episodio desde la vertiente mayansiana en su *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781)*, Valencia, 1968, pp. 140-151. Debe verse el trabajo más reciente de Rafael BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, «Gregorio Mayáns y las láminas y libros de plomo de Granada. Los límites de la crítica ilustrada», en *¿La historia inventada?...*, pp. 375-394. Por otra parte, señalar que el doctor Agustín Sales fue amigo fiel y defensor de Mayáns. Véase el tomo I de la *Correspondencia* que edita el Ayuntamiento de Oliva.

Es entonces cuando Urbina-Viana, cargándose de razón, justifica su alegato, a falta de los de otros que deberían haber respondido a tanta afrenta:

“Impaciente ya de ver competirse en esta Causa la ignorancia mas gigante, y la igual avilantez con que se habla de ella, no pudiendo sufrir el lastimoso descuydo, y desgraciada desidia de las Plumas de nuestros Historiadores Regnicolas, en la vindicacion de tanta afrenta; tomo la ya tremula mia, para responder en esta Dissertacion à el argumento, en que consiste todo el denuedo, con que estos, y otros emulos de nuestra solida piedad, la mancillan frecuentemente assi. Dèbil, y flaca la juzgaràn los Emulos, que sindican la Granadina religiosa piedad de erronea, y falsa, para tan ardua, y sublime empressa: Mas aunque tan flaca, y dèbil, verà el lector imparcial, que para desatar el nudo ciego del argumento, (que ellos sueñan tan gordiano) es su tajo suficiente”³⁰.

Luego, pasa el autor a informar de su arduo trabajo, pues ha leído todo lo que se ha escrito sobre el tema, de lo favorable como de lo opuesto, todas las interpretaciones y traducciones de los Libros Plúmbeos, “erradas, ineptas, llenas de lacunas, como son las hechas en España; y las seguras, fieles y contestemente juradas, y firmadas por los cinco Interpretes Romanos...”; todas las disposiciones oficiales emitidas por Roma..., y naturalmente toda la documentación que el Sacromonte guarda en su archivo. Solicita, retóricamente, la benevolencia del lector para su escrito por si hubiera incurrido en “cualquier avilantez, acrimonia, magisterio, ò expression en que se deslice la pluma, de menos decoro, y aprecio, del con que se debe tratar, y se merecen los sujetos Eruditos, cuyo escritos, y juicios impugnare...”; y formula, en fin, su obediente sometimiento a la autoridad de la Iglesia³¹. Entre los muchos papeles vistos, cita con especial preferencia *Vindicias catholicas granatenses*, de Diego de la Serna, que califica de “grandiosa obra”.

A continuación inserta el autor copia de cartas, en su versión latina, del cardenal Caraffa, 1588, al arzobispo Méndez de Salvatierra para el proceso de calificación del Pergamino de la Torre Turpiana; y las de Clemente VIII, de los años 1596, 1597 y 1598 (dos), a Pedro de Castro. Se siguen de la versión completa de la sentencia de calificación de la Reliquias de 1600 y cartas de Clemente VIII, de 1603, y de Paulo V, de 1607, también a Castro³².

Es a partir de estos extensos prolegómenos cuando empieza la *Dissertacion* propiamente dicha, que el autor informa se “ceñirà à responder al Clarísimo Papebrochio, y en su nombre, à quantos le subscriben, persuadidos, à que fuè vulgar el Credito, que se diò en España à Escritos semejantes...”³³. Sin embargo,

30. *Ibidem*, p. 9.

31. *Ibidem*, pp. 9-12.

32. *Ibidem*, pp. 12-24.

33. *Dissertacion*, p. 4. Papebrochio es nombre latinizado del célebre bolandista antuerpiense Daniel Papebroch o Papenbroeck (1628-1714), continuador de las *Acta Sanctorum*, a cuyo contenido se alude en la *Dissertacion* sin nombrarla por ese título, acaso por obvia.

no se centra en Papebrochio –y en los “émulos” que lo siguen– hasta el capítulo 5, de los 10 en que se articula la disertación (subdivididos en 126 párrafos).

Los cuatro primeros capítulos son de bastante interés, pues en ellos se exponen las contradicciones más notables a los hallazgos con la refutación pertinente. Los mismos títulos de esos capítulos son expresivos por sí:

1. Fundamentos ruinosos de los Emulos³⁴.
2. Descubrense mas las debiles Razones de los contrarios de la Piedad Granatense³⁵.
3. Exponese el argumento Aquiles de los Criticos Emulos³⁶.
4. Respondese al argumento soñado ineluctable; y fundase en vn Dilema el decoroso modo de leer la Bulla Innocenciana³⁷.

Resume el autor en cuatro puntos los “fundamentos ruinosos” de los “contrarios”. En primer lugar:

“Que estos Emulos desde el principio de sus Calumnias, han confundido, y continuado confundiendo erradamente, y con equivocación perjudicial, los Libros Arabes Orbiculares exarados con caracteres de Salomón, en Laminas, ojas de plomo; con las Laminas Latinas sepulcrales, ò Martyriales de los doze Santos, cuyas venerables Lypsanas se hallaron en las antiquísimas Grutas de este Sacro-Monte”.

Lo segundo es la complicación que para los hallazgos supusieron los “Chronicones Dextrinos”, es decir, los fingidos por Jerónimo Román de la Higuera, y su difusión dentro y fuera de España, “siendo cosa tan diversa, y opuesta entre si vnos, y otros Escritos”.

Lo tercero:

“Que desde el principio de estos Hallazgos, se dividieron en dos Tropas sus Emulos: Vnos, que por opuestos al Misterio de la Inmaculada Concepcion de la Soberana Madre de Dios, intitularè Anticoncepcionistas, como los apellidaron los Autores de de aquel tiempo. Otros Anti-Jacobitas, porque se opusieron a la venida de nuestro glorioso Apostol, y Patron Santiago el Zebedeo a predicar a nuestra Peninsula Española”.

Y todo ello antes de que se pronunciase Urbano VIII en 1639.

Lo cuarto es que los contradictores “elevaron tanto la voz de ficción” que lograron ser oídos por críticos extranjeros, pese al apoyo de los reyes de España e ignorando los altos logros del arzobispo Pedro de Castro.

En el capítulo dos, redobla el autor sus argumentaciones descubriendo “las débiles Razones de los contrarios a la Piedad Granatense”. Es prolijo y retorcido en su discurso: lo más reseñable es el rechazo de que se califiquen los

34. Párrafos 1-4.

35. Párrafos 5-10.

36. Párrafos 11-14.

37. Párrafos 15-41.

libros de *Figmenta* y que se incluyan en la condena "los Documentos hallados junto à las Sagradas Lysanas de los Santos Martyres", es decir, las cuatro láminas de plomo latinas a las que en 1598 (breve de 1 de julio) el papa Clemente VIII "mandò dar credito".

El argumento Aquiles, es decir, el decisivo en la demostración de sus tesis por los contrarios, lo aborda a partir del enunciado que en 1644 hiciera el padre Bolland³⁸: "Las Laminas Granatenses son figmentos; en ellas se testifica, que los Libros Arabes de Plomo son de S. Cecilio, y de su Hermano, y que con ellos està sus Cenizas: Luego no solo los Libros Plumbeos son figmentos, sino tambien las Reliquias de las Cenizas". Retuerce nuestro autor el argumento interpretando las razones de los defensores de las láminas, que eleva a contraargumento:

"Las reliquias està canonizadas (decian) en fuerza de los quatro testigos fidedignos de las quatro Laminas Latinas Martyriales que depusieron su verdad. Estos mismos testigos deponen igualmente la verdad de los Libros, pues refieren son exarados por los Santos Martyres: Luego el mismo fundamento que ay para dar credito à que son suyas las Cenizas, ay para creer, que son suyos los Libros, pues ès tal el enlace de ellos con las Cenizas, y tal la conexi3n de vno, y otro, que es imposible sean las Cenizas despojos verdaderos de los cuerpos de los Santos, y que no sean los Escritos, exarados en los Libros, partos legítimos de sus entendimientos".

La notoriedad del escrito de Bolland y la pertinacia de los que en él bebieron sus argumentaciones produjeron la expansi3n de la opini3n de los contrarios, "Emulos Criticos", convirtiendo la "piedad Granadina [...] en vna vergonzosa superstici3n reprehensible, y en vn vulgar rumor, indigno de religiosa fee". Se basaban estos contrarios en la suspensi3n de Urbano VIII en 1641 y en la condena de Inocencio XI en 1682, que pasan a condici3n de "supuestas". Y es aqu3 cuando se entra a rebatir el "argumento soñado" con "*el decoroso modo de leer la Bulla Inocenciana*"³⁹.

Ocupa este decoroso modo el capítulo cuatro de la *Dissertacion*. Y comienza con la negaci3n categ3rica de que "las quatro Laminas Plumbeas Latinas Martyriales" se incluyeran en los respectivos breves, suspensivo de Urbano VIII y condenatorio de Inocencio XI. Lo saben y en consecuencia responden los granatenses, algo que ignoran los contrarios, que hay que distinguir dos "géneros" de láminas:

"Unas: Latinas, en que està escritos en caracteres antiquísimos, los Martyrios de los Santos, cuyas Cenizas se descubrieron cerca de ellas, y està oy en las Aras. Otras Doctrinales gravados sus caracteres con buril, y estos intitulados caracteres de Salom3n [...] y su idioma en Arabe Oriental: Unas: Laminas, que sirvieron de testigos, como està dicho, para la calificaci3n de las Reliquias de los Santos Martyres; y otras, cuya doctrina reserv3 la Santidad de Clemente VIII

38. Nombre latinizado del jesuita belga, de Amberes, Jean Bolland, continuador, desde 1630, de *Acta Sanctorum* que iniciara el padre Rosweyde, y que luego prosiguiera su paisano y correigionario Papebrochio (véase la nota 33, arriba).

39. El subrayado es mío.

à su juicio, y al de la Santa Sede su calificación, y aprobación, como se evidencia de sus tres Breves...”.

Fueron las últimas, los Libros Plúmbeos, en 22 juegos (o sea, “libros”), las que se llevaron primero a Madrid y luego a Roma, en 1642, las “que en aquella Santa Curia dieron que entender tanto”, de manera que, después de casi cuarenta años, en Junta de la Congregación de Cardenales, celebrada en 15 de mayo de 1665, se firmó por los miembros:

“que la versión, que contestes avian hecho de los escritos de todos los Libros, à excepción del *Illegible*, y de otros tres cometidos a solos tres de ellos, y à excepción de los escritos Arabes del Pergamino, necesitaba de nuevo trabajo, expresión, ampliación y refino, siempre que se tratase de passar à calificar la doctrina, que en ellos se contenía”.

No obstante, diversas circunstancias, incluida la muerte de algunos de los expertos que los habían trabajado desde el comienzo, “se pasó à hazer la clasificación de la Doctrina de dichos Escritos” sin tales diligencias. Y ahí la condena de Inocencio XI.

Los contrarios arguyeron que dado el “enlaze, trabazòn, y conexión, que recíprocamente tienen vnas Laminas con otras, ès de calidad, que no es dable sean supuestas las Laminas Doctrinales, y que las Latinas no lo sean”. Pero con las mismas razones, en la opinión de nuestro autor, este sistema de ilaciones, esta lógica, llevaría a la proscripción de las Reliquias, que sin embargo Inocencio XI no pronunció en su breve. He aquí el retorcido argumento al filo mismo de la navaja:

“No alcanzàmos, còmo puedan los Emulos decir, ò pensar, que á ciencia cierta tolerò, y simulò la Santidad de Inocencio XI cortar de raiz, y darle por el pie al culto de la Cenizas de Granada, y España, como debìo averlo hecho en caso que uiesse asentido al informe que se le hizo, y se lee en su Bulla, de que eran falso los Libros, sin incurrir en vna osadía temeraria, y vna temeridad injuriosísima, è indecorosa à la Santidad del mismo Papa: Luego si no lo hizo, ni lo expressò en su Bulla, como correspondia averlo hecho, en el sistema de las ilaciones de los Emulos, claro està que fue, porque la Santidad de Inocencio XI, ni creyò, ni dio asenso a aquella Narrativa de que eran *puros figmentos* los Libros, ni se moviò de aquella clausula de la misma Narrativa, en que únicamente se le informaba que contenian errores, y por solo este motivo asintió a su proscripcion”.

Destaca el autor cómo el Supremo Tribunal de la Inquisición, al final de su “Expurgatorio”, en el que se inserta la bula inoeciana, subraya: “Declarando, que dicha prohibicion no se debe entender, ni se entiende de lo declarado cerca de las reliquias, que en dicho Sacro Monte se hallaron, ni a su veneracion”. Para nuestro autor, ir contra las reliquias, o sea, contra la *Pietas Granatensium*, “es Papel de ignorante, que no està en el estado de la Question”⁴⁰.

40. La frase es del padre Bernardo de Vargas, de la Compañía de Jesús, respondiendo a un escrito de 1739. Parágrafo 41.

La réplica a Papebrochio y sus seguidores la aborda Viana-Laboraría en los capítulos quinto y sexto⁴¹. Y lo hace con redoblada energía y acrecido alambicamiento argumentativo. Empieza por fijar el lugar exacto de la obra del antuerpiense, *Acta Santorum*, y resumir el error de partida: "Tomo 7 de Mayo, que contiene los tres dias 29, 30 y 31 de èl", impreso seis años después de la condena inocentiana, en que

"trata de los Libros Plumbeos Granatenses, y resume la Historia del curso del Artículo del contenido de su Doctrina, según las vagas y erradas noticias, que le informaron, careadas con el tenor de la Bulla Inocenciana, que leyò sin distinción critica de lo *Narrado*, y *Decidido*: y conviniendo con los Emulos, asegura, que dichos Libros fueron fraudulentamente supuestos, y fingidos, y por tales declarados por la Santa Sede en la citada Bulla".

Denunciados a la Inquisición los 14 últimos tomos de su obra en 1693, y mandados recoger dos años después, en 1697 Papebrochio vuelve a ocuparse de los Plomos "y detenidamente refiere su curso con menos instrucción de la verdad del hecho, que antes, y acaso con mayor preocupación".

Según nuestro autor, previendo el antuerpiense que se le podría objetar que yendo tan imbricados Libros Plúmbeos y Reliquias parecía que condenando aquéllos, también debería haber sido condenadas éstas, vino a argüir –las palabras son de Viana-Urbina–:

"No quiso, dice, la Santa Sede Apostolica pronunciar entonces en aquella Bulla cosa alguna contra las Reliquias de los Santos Martyres, que los Granadinos, y Españoles veneraban como sagrados despojos de los 12 Santos; porque de tolerar el culto, que se les tributaba, no se seguia inconveniente, ni peligro alguno en la fee, y creencia de los fieles; pues el culto sagrado, que se dà en la Iglesia a los Santos, aunque sea en falsas Reliquias, que se le supongan, no termina à ellas, sino à los Santos, de quien los fieles creen, que son las que veneran".

Era un "prudente medio" el que adoptaba Papebrochio, atendiendo la sentencia de la calificación de 1600, donde las reliquias habían sido aprobadas para veneración, porque aun siendo cierto que las láminas y las membranas eran falsas, no lo era que lo fuesen las reliquias "pues podía ser, que entre los despojos de las Iglesias se huviessen guardado algunas verdaderas, y halladolas los Moros, impostores de aquellos Documentos, y falseandolos su ardid, los huviessen puesto alli con las reliquias". Subyacía el temor de que siendo falsos los Libros lo fuesen también las reliquias. Dicho por el sabio antuerpiense: "*Manet tamen justa formido Eruditit viris, ne in vnis mendaces, etiam mendaces fuerint in aliis*".

Nuestro autor reafirma categórico que "Laminas Latinas, Libros, Piel, y Reliquias son vn conjunto, y conexo tàl en ambos Hallazgos, que no es dable,

41. Intitulados: 5. "Desvanecese la evasión imaginada por el Erudito Padre Papebrochio" (párrafos 42-68); 6. "Formalizase el argumento granadino, en que se funda la solidez del Religioso Culto a su Pueblo" (párrafos 69-74).

que parte de èl sea verdadero y no lo sea el todo; ò por el contrario...”, incluyendo el hallazgo de la Torre Turpiana, sin que sea obstáculo la diversidad de escenario de los hallazgos (Valparaíso y Torre Turpiana), ni la naturaleza de los materiales utilizados, ni la forma, pues hay unidad del mensaje.

Argumenta luego sobre la base de las cuatro láminas martiriales halladas en el Sacromonte, empezando por la de San Mesitón a quien se rinde culto por la Iglesia desde el principio. Estas láminas, las cuatro, van indisolublemente unidas entre sí en forma y contenidos; pero asimismo con los Libros cuyos contenidos anuncian: “no puede dudarse, que son verdaderos hermanos, e hijos mellizos de vnos mismos Padres, como decíamos de las Laminas Latinas”. De manera que es inadmisibile “que sea vno solo adulterino, y no lo sean todos”; y lo contrario, naturalmente, de cuyo aserto se parte.

Luego el modo único decoroso de leer la bula inocentiana es admitir que cuando la firmó el pontífice lo hizo sin un conocimiento profundo y total de los contenidos de los Libros, sino

“porque según la conferencia de las Versiones *Romana*, y *Española*, que de ellos se avian hecho, se le informò, que contenian errores; con lo que se compadecen, y concilian muy bien, assi la justificada rectitud de su Decreto de 1682, como la verdad de que los Libros sean de los Santos”.

Lo que es perfectamente compatible con la “inteligencia” que hace la Santa Inquisición de no ser el decreto “contra la manutención en el culto primitivo, y veneracion continuada en España, en virtud de lo declarado en ella [en la bula pontificia], cerca del Artículo de las Reliquias”.

El capítulo 7 de la disertación se intitula: “Instaurase el fundamento de Granada con varios presidios para formar vna Rèplica”⁴². La realidad es que este capítulo se limita a exponer “quatro Hechos como indubitables”, que son: que los libros censurados en el breve inocentiano sólo fueron 18; que los encontrados en el Sacromonte, 22, y que todos fueron enviados a Roma; tercero, que “se detuvo la Santa Sede cuarenta años en el reconocimiento de el Artículo de esta Causa”, realizando los traslados, pues había desestimado lo hecho en España; cuarto, que “siendo la materia tan penal”, cuatro de los libros quedarían fuera de la condena, tal como supone la “Piedad Granatense”.

Siguen luego los “presidios” en la argumentación contra la opinión papebrochiana y de sus partidarios⁴³. Se centra en el libro *Mudo o Ilegible*. En su *Bibliographia*, fray Miguel de San Joseph, que fuera obispo de Guadix, había advertido de que “no esta incluso” en la condena de la bula inocentiana, pues había sido “imposible entenderlo ni leer palabra alguna de él”⁴⁴. Por su parte,

42. Parágrafos 75-79.

43. El capítulo 8 se titula: “Continuarse los Presidios para formar la Rèplica ofrecida à la evasión Papebrochiana, è Illustrase la singular crisi de vna Illma. Pluma”. Parágrafos 80-94.

44. Citado por Gregorio López Madera. Parágrafo 80.

fray Bartolomé de Pectorano, que trabajó en el mismo 44 años, sólo había llegado a discernir que el idioma en que estaba escrito se componía de 49 caracteres diversos, "mas que en ninguna de quantas Lenguas sabia, no avia podido formar vna solida diction, ni entender palabra de tal Libro".

Tras detallar nuestro autor con prolijidad el tenor de los otros tres libros no incluidos en la condena junto al *Mudo*, subraya cómo faltan asimismo "los Escritos Arabes del Pergamino" de la Torre Turpiana, documento principalísimo por todo lo que contiene, además de los "dos Tegumentos plúmbeos" en cuyo interior se hallaron los libros *Fundamentum Ecclesiae* y *Essentia Dei*. Y recapitula que "no estan comprendidos en la Bulla quatro Libros de los veinte y dos; ni las dos Inscripciones Latinas referidas, ni los Escritos Arabes, y demás hallado en el Pergamino dentro de la Caxa Plumbea, que se descubrio derrocando la Torre Turpiana".

Se espesa y retuerce la exposición cuando se trata de fundamentar la réplica con los mejores argumentos⁴⁵, que dada su prolijidad y alambicamiento es necesario simplificar hasta el extremo. Parte Viana-Urbina de que el libro *Mudo* está escrito de la mano de la Virgen María. Ahora bien, la refutación de la argumentación papebrochiana la centra en el hecho de no ser totalmente desconocido, "ignorado", como se dice, pues aparte de haber algunas noticias en otros de los 18 condenados, había una más específica en "vna de las ojas orbiculares de plomo, que servian de cubierta al referido Libro *Mudo*", unas líneas en árabe que habían sido traducidas al latín por los intérpretes pontificios (Giardino, Kircher y Pectorano). La conclusión a que llega es la ya expuesta: que Inocencio XI proscribió los Libros Plúmbeos porque se le había informado de que contenían errores, y "por solo este motivo assintió à su proscripcion" (como quedaba "insinuado" en el parágrafo 39, arriba, que en la argumentación aduce), y no porque fueran *figmenta*, cuestión que no cabe entenderse en la condena inocentiana, ni de éste ni de los demás.

En fin, "Satisfacese à vna objeción contra el Systhema de la decorosa inteligencia de la Bulla de Inocencio XI: y teminase con ella esta Dissertacion"⁴⁶. La objeción queda expresada de esta manera:

"En la Bulla Innocenciana, reponen quantos leen sin crisi su tenor, se censuran los Escritos Arabes de los Plomos, y Libros en ella nominados, de que huelen fatalmente al Mahometismo⁴⁷: Es assi, que tener olor tan pestilencial, y ser exarados por los Santos, à cuyo nombre estàn atribuidos, no es en manera alaguna creible: Luego falsamente se reputan por suyos, y por consiguiante, son vna mera ficcion, impostura, y embeleco humano, condenado, por tal, por Inocencio XI. Assi arguiria Papebrochio, según el errado concepto, que tuvo de estos Libros, por el informe que dexò sembrado de ellos el Idiota Anónimo, que diximos".

45. Lo hace a lo largo del capítulo 9: "Fundase la réplica ofrecida". Parágrafos 95-109.

46. Contiene este último capítulo los parágrafos 110 a 126.

47. "Quin etiam plura redoleant Mahometismum". Ex Bulla Innoc. Se añade en nota a pie de página.

La respuesta –“responden los Granatenses”– es categórica y la concreta Viana-Urbina en un pequeño proemio, doce puntos y una reconsideración final. Helos aquí reducidos a su mínima expresión. El punto de partida es: para los granatenses no es compatible el “mal olor” que percibieron los calificadores y que tales escritos sean de los santos, y que

“No es creíble sin injuria de la Santa Sede (como se ha fundado) que Innocencio XI prestò assenso, à que Escritos semejantes eran falsamente atribuidos à los Santos, según se le informaba en la *Narrativa* de la Censura: Es assi, que con tener ellos el olor indicado, y no aver assentido el Vicario de Christo à que eran falsamente atribuidos a tales Santos, es increíble: Luego lo es, que contuviesen semejante olor. Y por consiguiente, que huviesse asentido à este Informe la Cabeza de la Iglesia, y que le huviesse movido esta razon, y olor fatal para averlos prohibido, y condenado”.

Luego, aduce el breve de Clemente VIII de 1598 sobre las reliquias, cuya trabazón con los Libros es tal que “pueda ser verdad, digna de buena fee, que estos huelan tan mal, holiendo aquellas tan bien”, además de los milagros sin número “que obrò Dios en contestación de la verdad de todo el Hecho”. Se siguen a continuación las trece razones en que fundan los “Granatenses”, “*ex abundantia*”, su respuesta. Porque:

1) Saben quién fue “aquel Idiota delirante, que presumió componer tan mal olor”. Se refiere, aunque no lo nombra, a Ignacio de las Casas, morisco, granadino y jesuita, que primero asistió entusiasmado a Pedro de Castro en la traducción de los dos primeros libros y luego se opuso con una tenacidad irreductible a las invenciones, denunciando su falsedad a todas las autoridades eclesiásticas españolas, romanas e inquisitoriales⁴⁸. Insiste en que sus escritos influyeron decisivamente en los informes que los calificadores pasaron a Innocencio XI. Sabido es que fue condenado en su memoria por los sacromontanos y que en la *Historia auténtica* se le dedicaron los peores dicterios hasta las calumnias más absurdas⁴⁹.

2) Saben que todos los “peritisimos” teólogos e intérpretes que entendieron en los libros “descubrieron en ellos el antídoto à tan mortal veneno”, como lo acreditó en 1607 el padre jesuita Posevino.

3) Saben del buen olor que percibieron en los libros, “y dexaron firmado por su voto”, en 1618, los teólogos dominicos Saavedra, Ortega, Hoces, Delgado y Rubio (centrados en los libros *Fundamentum Fidei* y *Essentia Dei*).

4) Saben que tampoco “lo oliò” el cardenal Luis Belluga, según se ve en el libro que publicó en 1631.

48. Sobre Las Casas hay trabajos muy importantes centrados en su calidad de misionero y activista social, pero aquí interesa el de R. BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, «De Pablo a Saulo: traducción, crítica y denuncia de los Libros plúmbeos por el P. Ignacio de las Casas, S.J.», en *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro...*, pp. 217-252.

49. Véase en mi trabajo, «El castigo de la disidencia...».

5) Saben que tampoco percibieron ese olor el franciscano Luis de Malta, el jesuita flamenco Lanselio y el jesuita francés Claudio Clemente (años 1632 y 1633), de contrastado conocimiento de teología y lengua árabe.

6) Saben de la "summa dificultad, que ay en copiar, y trasumptar fielmente un Escrito", como se acredita en los 242 errores observados en las versiones españolas de los Libros, y en el caso descubierto en la Sagrada Congregación de 1681 sobre "vna Dicción de el Authographo, y de la Copia", en la que entendieron el padre Anturino, jesuita, y Fausto Nairobi, sobrino de Abraham Excelente, y "hallaron que [la copia] no estaba fielmente trasumptada; porque le faltaba vn punto, que variaba substancialmente la significación de tal palabra".

7) Saben la respuesta que dio el doctor Bernardo de Aldrete, a consulta que se le hizo en 1631 por la Inquisición, "y el olor tan diferente que expressò en ella, avia percebido en semejantes Documentos en mas de 30 años, que avia deseado entenderlos, y penetrarlos".

8) Saben que antes de que partieran los 22 Libros de la Corte de España para Roma, se reunió una junta de teólogos, con los más grandes especialistas en las lenguas hebrea, griega, siríaca y otras, "y todos vnanimes, y conformes, confesaron, no percebian en ellos olor, que no correspondiesse al Solar de la Religión Cristiana de la Nación Española", según dejó escrito fray Francisco Guerra, de la Orden de San Francisco.

9) Saben que tampoco percibió "el fatal olor" el jesuita Atanasio Kircher, según acredita la dedicatoria de su *Oedypo* a monseñor Francisco Alvici, poco después cardenal.

10) Saben que el jesuita francés Teófilo Raynaudo oyó expresar en su colegio romano "qual era el olor, que percebian en los Libros Plumbeos" a los siete grandes intérpretes que se ocuparon en ellos: Kircher, Guadagnolo, Pectorano, Águila, Marracci, Giatino y Excelente, de lo que dejó constancia en su obra *De Retinendo Titulo Immaculatae*, de 1651, donde "se asegura tenian tan patente carácter de antiguos, que aunque la Santa Sede los censurasse, como le pareciesse, siempre su venerable ancianidad quedaria en pie, con el respeto, y autoridad, que se debia à su carácter".

11) Saben que Carlos II, tras la consulta con sus consejos, la sede primada toledana y demás Iglesias de la Corona, hizo el encargo para un suplicatorio de defensorio, en 1683, al conde de Francos, don Francisco Ramos del Manzano, y muerto éste, y por su indicación, a don Diego de la Serna Cantoral, a la sazón fiscal de la Real Chancillería de Granada, quien trabajó en ello por 22 años. El fruto fue, ciertamente, *Vindicias catholicas granatenses*, al que ya nos hemos referido.

12) Saben que también trabajó en este defensorio el padre Tomás de León, jesuita irlandés, portento de sabiduría en teología y lenguas orientales, que los defendió con énfasis, como dejó acreditado en carta de 1687. Es sabido que su muerte prematura lo apartó de un trabajo en el que creía con gran convicción sobre la base de la gran antigüedad de los Libros.

13) Saben “en fin, los Granatenses, que la discreción, discernencia de lo *narrado* en la contextura, y en lo *decidido* en Letras Pontificias, es sumamente necesaria, porque concebir infalible quanto en ellas se contiene, y enuncia, es inteligencia vulgar, y de Imperitos” –aduce el *Norte Crítico*, de Segura; y también se apoya en San Agustín–, que es a lo que al fin y al cabo se han atenido Papebrochio y sus partidarios.

En consecuencia, sentencia nuestro autor, es legítimo pedir la revisión de la condena. El hecho mismo de que Inocencio XI haya ofrecido el *Apertio oris*, es decir, la revista o apelación del juicio, es muy significativo. Y razón suficiente para que se hable de la materia

“con vna muy moderada cautela, summa humildad, y templanza, y es delito hablar resolutoriamente definiendo como Concilio, ò como, si el Decreto fuesse *ex catedra*; pues à ser assi, vease la injuria que inevitablemente se seguiria à los Monarcas, è Iglesias de estos Reynos, dando ansa, à que los Heterodoxos, digan, que la Española Catholicidad ha suplicado de vna Decisión *ex Cathedra*, que lo mismo que Constitución de fee; no sabiendo distinguir los terminos entre las Constituciones de esta clase, y las Bullas Preceptiva, y Providenciales”.

Por todo lo cual, entender de otro modo el decreto inocenciano de 1682 “es injurioso, irreverente, indecoroso, è indigno del Oráculo supremo de la Iglesia Universal” y así “lo siente, conceptúa, y escribe” el autor de esta *Dissertacion*, cuya fidelidad y obediencia a la Madre Iglesia reitera con la mayor humildad. La fecha del alegato, 1751.

RECAPITULANDO

Vista la *Dissertacion* con algún cuidado, lo primero que se colige es que muy bien puede incluirse en el conjunto de lo que en sentido amplio he llamado “defensorios setecentistas”, productos de los canónigos sacromontanos –en efecto, todos estos escritos lo son, excepto las *Vindicias catholicas granatenses*, redactadas por un fiscal de la Real Chancillería, Diego de la Serna Cantoral–, en los que de una u otra manera mostraban su voluntad indeclinable de vindicación por la injusticia recibida en 1682. No, desde luego, defensorio en sentido estricto, pues ni fue encargado oficialmente por el rey para la reclamación ante la Santa Sede, ni la forma en que fue publicado se ajustaba en nada a la exigencia pontificia. En todo caso está menos alejado formalmente que el *Mystico ramillete*, de Heredia Barnuevo, o que el *Imbentario*, de Moreno: una biografía del fundador con otros aditamentos diversos, el primero, y una basta síntesis de vicisitudes del proceso más un inventario documental que es el que hace al título, el segundo. (No cabe descartar que antes o después pueda aparecer algún otro alegato de esta o parecida índole, impreso o manuscrito, aunque el conocimiento que tenemos del archivo sacromontano lo hace poco probable; y, además, noticia o indicios en otros escritos no existen.)

Es evidente que la *Dissertacion* fue una iniciativa personal del canónigo Viana, aunque todo invita a creer que muy arropado por sus correligionarios abaciales y por la propia institución de la que era faro, y seguramente con la aquiescencia de las instituciones granadinas. Formal e ideológicamente responde al estilo de Viana, el *alter ego*, siglo y medio después, de don Pedro de Castro, el carismático fundador. Sin duda, se trata asimismo de un muy consciente ensayo de lo que ya debía estar instalado en su cabeza: la redacción de un verdadero defensorio que le encargara el rey, no en vano otro canónigo anterior, igualmente batallador por la causa e influyente en Madrid, Heredia Bar-nuevo, había hecho petición en ese sentido tan pronto como se vio que el epítome redactado por Pastor de los Cobos (en 1736-1739) no iba a ser válido.

Nótese que cronológicamente la *Dissertacion* está muy próxima al comienzo de las excavaciones de la Alcazaba: se redacta en 1751 y se imprime al año siguiente. Dos años después, don Juan de Flores y Oddouz comenzará sus trabajos arqueológicos y poco más tarde sus fraudes, inducidos y alimentados, como se ha visto de forma indubitada, por Viana. En fin, en 1756 le llega el encargo oficial por Fernando VI de un nuevo defensorio. Quiere decirse que la fijación vindicativa de Viana se orienta en todas las direcciones, sin que pueda entender incompatible ninguna de las vías: al fin y al cabo, cuando acepta, con su colega Laboraría, el encargo regio de defensorio, el único por la vía legal, ya había publicado este alegato seriamente ofensivo incluso a la dignidad del pontífice, y la labor arqueológica de Flores había tomado el derrotero decidido del fraude. El propio Flores declaró en el juicio que él había empezado las excavaciones de buena fe y que fue el empeño de Viana lo que lo empujó al despeñadero falsario que al fin y al cabo le acarreó su ruina. Pero asimismo la del proyecto vindicativo del Sacromonte, pues además de dejar en evidencia la implicación escandalosa de Viana y, consecuentemente, la abacial, quedó demostrado que el tiempo vindicativo había pasado. La muerte, en 1762, salvó al canónigo Viana de la condena penal que sin duda merecía, pero el detalle del juicio de 1777 dejaba el negocio sacromontano sin posible retorno. El mismo hecho de que la *Historia auténtica*, defensorio oficial –no se olvide–, nunca se acabara es un indicio más que explica la parálisis vindicativa que se siguió en la institución.

En la *Dissertacion*, pese a toda la apariencia de disputa teológica que pudiera creerse, no se abordan las cuestiones de fondo, es más, apenas si alguna vez se menciona el fraude morisco que lo origina, salvo que se hable de escritura árabe o el supuesto “mal olor” de sus contenidos mahométicos. Se plantean las cuestiones formales y circunstanciales, pero en ningún momento se afrontan los contenidos dogmáticos de los Libros Plúmbeos, los principios islámicos en ellos contenidos, ni los “errores” en ellos vertidos, todo lo más que se da es el número de esos errores, 242. Por tanto se hurta lo fundamental. Fuera de eso, la realidad es que nuestro autor parte de posiciones previamente establecidas, apriorismos inamovibles, pues, según artificio una y otra vez repetido, su vindicación viene determinada por lo que cree y siente la “Piedad Granatense”, tan alejada ya de los orígenes moriscos del fraude.

Se demuestra concretamente en la refutación del “argumento Aquiles”. La unicidad e indivisibilidad de los hallazgos es principio dado pero retorcido en el sentido contrario en el que lo entendió Papebrochio y sus seguidores, y, con anterioridad, el padre Ignacio de las Casas, jesuita y morisco, enemigo acérrimo y debelador permanente de las invenciones, por ejemplo. El papa condena los Libros Plúmbeos inducido por lo que contienen las informaciones que le aportan los calificadores, pero sin conocer a fondo los fundamentos. Nuestro autor aduce cansinamente que deja fuera de la condena cuatro, entre ellos el *Mudo* o *Ilegible*, omisión mayor, y las láminas martiriales que los acompañan, además de los hallazgos turpianos, siendo como son inseparables del conjunto. Y, en todo caso, que no prescribe *ex cathedra*; el mismo hecho de que admita el suplicatorio para la revisión de la causa lo confirma. Con el hábil (aunque demasiado evidente) artificio de rebatir a Papebrochio y sus partidarios, y no la sentencia pontificia, dicta categórico Viana-Urbina el “modo unico decoroso” de leer la bula inocentiana.

Al margen de esas consideraciones, entiendo que la *Dissertacion* cumplió, en fin, un doble papel: ser ensayo y banco de pruebas para la ulterior redacción de un defensorio oficial, el que supuso la *Historia auténtica*, del que Viana fue autor principal; y contribuir a difundir y afirmar la ideología sacromontana, radicalmente católica y ultramontana, más allá de los muros abaciales y a anudar en el interior de la institución el “espíritu sacromontano”, es decir, fundir en el más duro metal las bases del mito que en forma degradada ha llegado hasta hoy.

RESUMEN

Este trabajo ha de entenderse como un pequeño eslabón más en la amplia cadena de los que venimos realizando sobre la conformación del mito sacromontano, forjado a raíz de las invenciones plúmbeas de fines del siglo XVI. En esa clave se comprende y adquiere sentido. Su lectura presupone un conocimiento mínimo del proceso iniciado en Granada en 1588/1595-1599, en que se produce el fraude morisco de los Libros Plúmbeos, y su incardinación en lo que he denominado en otro lugar “ciclo falsario granadino”, que como poco alcanza a la condena de los fraudes de la Alcazaba de 1777, en pleno período ilustrado.

Palabras clave: Granada, Sacromonte, plúmbeos, defensorios.

ABSTRACT

This work is a contribution to the more ample work already presented on the Sacromonte myth, forged from the invention of the lead books towards the end of the 16th Century. It presents, from that perspective, initial knowledge on the process started in Granada in 1588/1595-1599 when the Morisco forgery

of the Lead Books takes place, and of the materialisation in what we have described in previous works as the "Granada forgery cycle", which extends, at least, to the Alcazaba forgery of 1777, during the Illustration.

Key words: Granada, Sacromonte, plúmbeos, apologies.